

## CONVERSACION XXXV

SOBRE LA RECTITUD.

Angela. Tanto tiempo hace ya, que estamos careciendo de la suavidad de tus Conversaciones, que nos es preciso manifestarte nuestro disgusto.

Esperanza. Mucho gozo me causa el ver, que me echáis menos; señal fija de que no me miráis del todo con indiferencia.

Agapa. ¿Como pudiéramos dejar de echarte menos, después de las muchas luces que hasta aquí hemos logrado con tus discursos; y cuando esperamos que nos continúes tus favores?

Esperanza. Lo haré desde luego con todo el gusto posible; pues no hay arbitrio para resistirse á unas insinuaciones tan atentas. Así que, no tenéis más que significarme, sobre qué materia deséais que tratemos ahora.

Angela. Quisiéramos nos dijese ¿cual es el carácter ó la prenda más amable que tú encuentras en una persona?

Esperanza. Yo sé que unos gustan de la vivacidad; otros del primor y finura en el porte; otros del talen-

to; pero yo estoy, y me declaro en favor de la *Rectitud*, ó justificación en las operaciones.

Agapa. Es verdad, que la *Rectitud* tiene sus ventajas; pero ¿juzgas seriamente, que prepondera ésta á las demás buenas cualidades que acabas de nombrar?

Esperanza. No se yo si me engañaré; pero así lo siento; porque te digo ingenuamente, que la vivacidad y la finura, la afabilidad y aun el talento no me parecen apetesibles, si se separan de la *Rectitud*.

Angela. Fuerza será sin duda, que te asistan razones muy poderosas para explicarte de esta manera; cuando nos consta bien la moderación suma que observas en todo.

Esperanza. Aunque yo no tuviera otra razón, que la que me dicta que no se puede fiar de una persona destituida de *Rectitud*, por más cualidades buenas que por otra parte la adornen; ¿no sería ella sola muy suficiente?

Agapa. Sin dejar de conocer que esta razón es muy fuerte, no puedo persuadirme á que no tengas otras muchas.

Esperanza. Verdad es que tengo todavía otras; pero ésta sola es la que me determina á este modo de pensar; porque has de hacerte cargo de que sin esta virtud, la Sociedad misma, que es uno de los mayores bienes de esta vida, no tiene cosa alguna agradable, ni puede menos de ser una pura superchería y engaño.

Angela. Yo por mí, me rindo á la fuerza de ésta razón: pero dínos ahora una vez que no se debe fiar

de personas que carecen de Rectitud, ¿se podrá desde luego fiar de las que están dotadas de ella?

Esperanza. Casi siempre se puede fiar; porque aun cuando estas personas no sean discretas y prudentes por su naturaleza, suelen serlo con el tiempo; y luego que se les hace reparar, que el violar un secreto que se les ha confiado, es faltar á la Rectitud.

Agapa. Con que ¿es fortuna tener parte en esta virtud; puesto que anda junta con la discreción, virtud tan necesaria para el comercio de la vida?

Esperanza. No solamente la discreción, si también la sinceridad son inseparables compañeras tuyas; porque las personas de rectitud hablan siempre como piensan, y siempre obran como hablan.

Angela. Esas sí que son unas prendas ó caracteres muy amables; continua, si gustas, descubriéndonolos.

Esperanza. Poco ó nada serviría conocer solamente esta virtud; lo que importa únicamente es, hacérsela familiar por medio de la práctica; y en ejecutándolo así, no hay género de satisfacción de que no se pueda gozar.

Agapa. En caso de que las personas de Rectitud llegaren á pensar con poca estimación de alguno, ¿están en obligación de manifestárselo?

Esperanza. Hay ocasiones en que deben hacerlo, y otras en que no: á una prudente discreción toca arreglar esto. En todo caso, nunca deben decir ni dar á entender ninguna cosa que sea contraria á lo mismo que piensan.

Angela. Cada vez comprendemos más y más, cuanto razón tienes para preferir la Rectitud á todas las demás buenas cualidades, que tanto se aprecian en el mundo.

Esperanza. Yo me huelgo infinito de ver que os declaráis en mi favor; y que últimamente aprobáis la elección que yo he hecho.

Agapa. Y dí: las personas de rectitud ¿no se toman nunca la licencia de decir privadamente de las demás, lo que no quisieran decir en presencia suya?

Esperanza. No; jamás lo hacen, á no ser que lo requiera así alguna necesidad; pero fuera de este caso, procuran poner el mayor cuidado en callar, por no incurrir en doblez y malicia.

Angela. Mientras más hablas, más admiración nos causas. Dínos ahora, si quieres: estas tales personas ¿no extienden todavía algo más su Rectitud?

Esperanza. Ya os dije antes, que no solamente hablan según y como piensan, sino que también obran como hablan.

Agapa. Y el temor de los discursos del mundo, ó del *¿Qué dirán?*, ¿nunca las detiene?

Esperanza. No por cierto; porque ellas no entienden de obrar por respetos humanos; ni consideran en las cosas más que la obligación, la regla y el buen orden.

Angela. Pero conduciéndose de este modo, ¿no se expone mil veces á la crítica y á la censura?

Esperanza. Así es; pero su Rectitud misma, que es

la que da en rostro á todo el mundo, las hace quedar bien, casi siempre.

Agapa. Y ¿qué personas son las que están más expuestas á lo dicho?

Esperanza. Las que piensan de una manera, y obran de otra; las que obran muy diferentemente de lo que hablan; en suma, las que como dice el adagio, no tienen *ni palabra mala ni obra buena*.

Angela. Semejantes personas ¿no las condena y abomina el mundo mismo?

Esperanza. No solamente el mundo; también las condena el mismo Dios en sus Santas Escrituras (1); y el Espíritu Santo las declara abominables (2).

Agapa. ¿Tan mala cosa es esa? ¿Y qué? ¿No se puede practicar de modo alguno sin hacerse culpable?

Esperanza. No; porque esto es injuriar y contravenir á la verdad, á la amistad, y á los principios fundamentales de la Sociedad: Lo cual ciertamente es una detestable abominación.

Angela. Con la mayor sumisión te damos mil gracias por las admirables luces que nos has comunicado; quedando nosotras en la firme resolución de hacer siempre de ellas el mejor uso que nos fuese posible.

(1) Eccli. 1. 40.

(2) Prov. 11, 1., & 20, 10. & 23,

## CONVERSACION XXXVI

SOBRE LA AFABILIDAD Y MANSUEDUMBRE.

Adelaida. Aunque es grande el gusto que tengo de verte, me prometo que ha de ser mayor el que te tendré en oírte.

Clara. Te agradezco debidamente el ventajoso concepto que has formado de mí: solo me falta el merecerle.

Atenesa. Le mereces tanto como la que más; pero considerando que sería ofender tu modestia, no pasamos adelante.

Clara. Mi silencio responderá por mí: decidme, os ruego; ¿cuál es el motivo que os ha traído aquí?

Adelaida. En verdad, es un poco interesado: venimos en solicitud de una Conversación acerca de un asunto que es preciso que te agrade.

Clara. Pues no tenéis más que escoger el que más os acomode, en la inteligencia de que para mí será bueno cualquiera que viniere por elección vuestra.

Atenesa. Ya que nos das libertad para elegir, mi compañera desearía que la Conversación fuese sobre la *Afabilidad y mansedumbre*.

Clara. Habéis escogido una virtud, á la verdad, de las más amables; pero al propio tiempo de las más raras:

Adelaida. No obstante eso, es cosa bien frecuente encontrar personas que hablan con afabilidad.

Clara. Es verdad; pero no todos los que hablan con afabilidad, tienen de contado la virtud de la Afabilidad.

Atenesa. Yo por mí, cuando me pongo á pensar sobre la Afabilidad, me parece que no hay otra cosa mejor que ella.

Clara. Y ¿te quedarías, muy contenta, si hablándote con afabilidad, te dijese palabras desabridas y picantes?

Adelaida. No por cierto; y semejante modo de hablar le tendré yo por muy ageno y distante de la Afabilidad.

Clara. Con que ¿tú buscas alguna cosa más que todo eso, en la Afabilidad?

Atenesa. Busco en ella también, que las palabras no sean ásperas ni picantes.

Clara. Eso bien lo conocía yo; que tú no te habías de contentar simplemente con un tono afable de voz.

Adelaida. Ya se vé que no; yo quiero, á más de esto, que no se diga cosa alguna que sea desapacible ni ofensiva.

Clara. No deseas todavía en este punto alguna otra cosa más.

Atenesa. Nada más, nada; y aun reputamos del todo perfecta á esta virtud, cuando llega á ser así.

Clara. Según eso, ¿gustarías tú de tratar á una persona, cuyas palabras fuesen muy melosas, y que á la vuelta de eso, tuviese el corazón lleno de acrimonia y desabrimiento?

Adelaida. De ninguna manera; antes, lo que yo deseo es, que se piense y se sienta conforme se habla: de otra suerte, es tirar á engañar.

Clara. Sin embargo, tú misma confiesas, que el mundo está lleno de este linaje de gentes, cuyos lábios son benignos, y el corazón cruel (1).

Atenesa. Convengo en ello; pero eso mismo es lo que hace tan odioso y abominable al mundo.

Clara. Pues confiesa al propio tiempo, que la virtud de la Afabilidad no es tan común como lo piensas.

Adelaida. Yo por mí, confieso, que hasta ahora no había parado la consideración más, que en lo que toca al hablar.

Clara. Pero ya vez que es preciso pasar más adelante; porque toda Afabilidad que no consiste más que en palabras, no es otra cosa, que una afabilidad contrahecha, hipócrita, y falsa.

Atenesa. Apoya eso que dices, con alguna buena razón.

Clara. Es cosa fácil. Jesucristo no dijo: "Aprender

(1) Psalm. 61. 5.

“de mí, que soy manso y humilde de palabra, sino de corazón (1).”

Adelaida. Con que ¿alguna vez será permitido hablar con severidad, con tal que esto se haga sin perjuicio de la afabilidad ó mansedumbre?

Clara. Se puede sin la menor duda; puesto que el mismo Jesucristo lo practicó así.

Atenesa. Y ¿en qué ocasiones podrá esto tener lugar?

Clara. Cuando se halla de corregir el mal; reprimir el vicio; y humillar á los que hayan incurrido en excesos y culpas.

Adelaida. ¿Eso se ha de extender en todo género de males, vicios y Culpados?

Clara. Principalmente se ha de entender respecto de los que son incorregibles, y de los males ya envejecidos.

Atenesa. Con que en tales casos ¿se podrá sin recelo hablar no solamente con firmeza, sí también con severidad?

Clara. Sí; con tal que esto sea, como antes dije, sin detrimento de la Afabilidad y mansedumbre.

Adelaida. Muchas precauciones se necesitan sin duda, para llegar á este punto.

Clara. Nada más, que la de no separar nunca la Dulzura de la humildad; á la cual debe estar siempre unida como la fruta con el árbol que la lleva.

(1) Matth. 11. 29

Atenesa. ¿Cómo se entiende eso de que la humildad produce la Dulzura, á la manera que un árbol produce su fruto?

Clara. Ni más ni menos sucede; de suerte que la Dulzura que no nace de la humildad, no puede ser nunca ni durable, ni constante.

Adelaida. En eso nos dices una cosa bien extraña y bien asombrosa.

Clara. Pues yo no necesito para esto, otro fiador que las palabras mismas de Jesucristo, en que ambas á dos virtudes están enteramente unidas.

Atenesa. Más ¿qué? ¿No se puede ser afables sin ser humildes?

Clara. Se podrá, cuando mucho, en alguna otra ocasión, y respeto de ciertas personas; pero no absolutamente en toda ocasión, ni con todos tampoco.

Adelaida. Te confieso ingenuamente, que me cuesta dificultad comprender lo que acabas de decir.

Clara. Con todo, es bien fácil; porque el que no es verdaderamente humilde, fácilmente se irrita, y lo da bien presto á entender por medio de palabras desentonadas y ofensivas.

Atenesa. No obstante, se ven personas que, sin ser demasíadamente humildes, son muy afables en su trato.

Clara. Verosímilmente sucederá así, cuando se salgan con lo que quieran, y cuando no hubiere quien las contradiga; pero fuera de ahí ¿te parece que han de mantener esa afabilidad y esa dulzura?

Adelaida. Tienes razón en eso; pues yo he notado

frecuentemente, que con una ú otra palabrita menos cometida que se les hable, echan al instante por esos trigos.

Clara. Con que ¿ya comprendéis ahora cómo, para ser afables es necesario ser humildes?

Atenesa. Lo comprendemos á la perfección; y no podemos menos de admirar al propio tiempo la claridad y sencillez con que explicas todas estas cosas.

Clara. Pues no perdamos de vista, si os parece, nuestro asunto, llevando á otra parte nuestra mira.

Adelaida. De muy buena gana volveremos á él. Según los principios que dejás establecidos, ¿se pierde una vez perdida la Mansedumbre y la dulzura?

Clara. No tanto se pierde, cuanto se da á entender que no se tenía.

Atenesa. ¿Luego tú sostienes absolutamente, que estas dos virtudes son inseparables?

Clara. No soy yo sola quien lo asegura; la verdad misma lo dice así; la evidencia lo hace ver; y la experiencia nos convence de ello.

Adelaida. Mientras más te explicas, más aumentas en nosotras el gozo.

Clara. ¡Oh! Pues si vosotras conociésteis á fondo esta virtud, aún habíais de estar más prendadas de ella.

Atenesa. No cabe estarlo más de lo que ya estamos.

Clara. Sin embargo, todavía no la habéis visto más

que en las palabras, y en los sentimientos; considradla ahora por un instante en la conducta y porte.

Adelaida. Pues ¿de qué manera se deja ver en la conducta?

Clara. Siempre uniforme, siempre igual, y nunca desemejante á sí misma.

Atenesa. ¿Con qué será cosa agradable vivir con tales personas?

Clara. No puede serlo más; porque ellas todo lo toman á su cargo, sin dejar nada que hacer á los demás; quieren todo lo que los otros quieren; nunca molestan á nadie; ni nadie les sirve jamás de molestia á ellas.

Adelaida. ¿Y qué? ¿No suelen otros abusar de una bondad tan grande?

Clara. No: Porque su virtud se hace respetar de todos.

Atenesa. Una vez que, según dices, quieren siempre lo que quieren los demás, ¿nunca se les ofrecerá motivo de alteraciones ni disputas con nadie?

Clara. Aunque me tome esta licencia, digo, que sí lo hacen cuando es menester; pero siempre con modestia, y determinadas á ceder á la razón, luego que se les diere á conocer.

Adelaida. Al paso que me hago cargo de como no incomodan á nadie; no veo como pueda ser eso de que de nadie sean incomodadas.

Clara. Porque en nada se dan por ofendidas; antes por todo pasan, y todo lo ejecutan; y siempre conser-

van su Mansedumbre en medio de cualesquier acontecimientos.

Atenesa. Pues vamos, vamos á pedir á Dios una virtud tan grande y tan amable; y á trabajar con tesón para adquirirla,

Clara. Así lo deseo muy deveras; y ruego al Señor, que os sea propicio.




---

## CONVERSACION XXXVII

SOBRE LA DULZURA DE CONDUCTA.

Adelaida. Habiéndote oído ya discurrido acerca de la Dulzura en las palabras, deseamos vivamente escucharte ahora sobre la Dulzura en la conducta.

Clara. Razón tenéis en distinguir estas dos cosas; pues con efecto son distintas.

Atenesa. Eso mismo es lo que nos obliga á que deseemos oírte sobre este punto, para no engañarnos.

Clara. Pues para tener suavidad y dulzura de conducta, no basta hablar con afabilidad y blandura; se necesita además, tener unos modales apacibles, aseadas y llanas.

Adelaida. Muy poco se encuentra de eso en el mundo.

Clara. Todo lo que es virtud; es de esta especie.

Atenesa. Con efecto, algunas personas hay que hablan con harta melosidad; y sin embargo, no se puede vivir con ellas.

Clara. Verosimilmente, mejor querrias tú vivir con